



VIDA SILENTE Y VIDA ARRAIGADA

VIDA ISLEÑA Y VIDA ARRAIGADA

A dos pasos de morir de sed en el desierto, casi exánime, el héroe de *Terre des Hommes*, de Antoine de Saint-Exupéry no sólo no se arrepiente de haber iniciado la aventura que provocó esa situación extrema, sino que afirma su voluntad de contacto inmediato con la Naturaleza, a pesar de sus innatos riesgos: "Yo tengo necesidad de vivir—exclama—. En las ciudades ya no hay vida humana. No se trata aquí de la aviación. El avión no es un fin; es un medio. No es por el avión por lo que se arriesga la vida. No es por el arado por lo que trabaja el campesino. Pero mediante el avión se abandonan las ciudades y sus contables, y se halla una verdad campesina. Se hace un trabajo de hombre y se sienten necesidades de hombre. Se está en contacto con el viento, con las estrellas, con la noche, con la arena, con el mar. Se lucha con las fuerzas naturales. Se espera el alba, como espera el jardinero la primavera (...) Yo no me quejaré. Desde hace tres días he andado, he tenido sed, he seguido pistas en la arena, he convertido el rocío en mi esperanza. He intentado volver a unirme con mi especie, de la que había llegado a olvidar dónde se aloja sobre la tierra. Y éstas son necesidades de vivientes. No puedo no considerarlas más importantes que la elección, al atardecer, de un *music-hall*" (1).

No obstante, bien vistas las cosas, esta proyección tensa del hombre al campo no pretende en el fondo alejarse de lo humano, sino reencontrarlo allí donde se da más auténticamente, en el nivel de profundidad en que los hombres podemos unirnos sin violencia. De ahí el carácter de revelación, de brote de algo imaginario y milagroso que tiene en la citada obra la aparición del beduino que da de beber a los pilotos extenuados. Momentos antes de este encuentro salvador, la simple vista de huellas humanas sobre la arena del desierto les habría causado escalofríos de emoción: "¡Estamos salvados, hay hue-

llas en la arena!... ¡Ah! Nosotros habíamos perdido la pista de la especie humana, estábamos separados de la tribu, nos habíamos encontrado solos en el mundo, olvidados por una emigración universal, y he aquí que descubrimos, impresos en la arena, los pies milagrosos del hombre." Una vez recuperados para la vida por el agua que beben a borbotones tendidos sobre la arena, el héroe se dirige al humilde beduino y entona un canto al Hombre que él encarna: "En cuanto a ti que nos salvas, Beduino de Libia, tú te borrarás, sin embargo, de mi memoria para siempre. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. Nunca nos habías visto y ya nos has reconocido. Eres el hermano bien amado. Y, a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres. Tú me apareces bañado de nobleza y benevolencia, gran señor que tienes el poder de dar de beber. Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y yo ya no tengo ni un solo enemigo en el mundo."

La vida del hombre consiste, sin duda, en ir aprendiendo cada día a descubrir el valor de la convivencia. A fuerza de costumbre llega a considerarse la existencia de los otros como algo perfectamente natural, y sólo al enfrentarnos con la soledad sin mitigaciones de una situación límite abrimos los ojos al milagro siempre nuevo de la vida humana. La vida en comunidad es una vida en amparo. La vida en soledad es una vida en perpetuo riesgo de agostamiento.

Nada extraño que el *Petit Prince* haya descendido de su exiguo planeta en busca de amigos. Su emoción al encontrarse con el piloto se tradujo en una viva ansia de diálogo, y se comprende su desazón al advertir la atención obsesiva que prestaba aquél a la faena mecánica en que estaba empeñado. Arreglar el motor de un avión averiado en la inmensidad del desierto puede ser tarea importante, pero dialogar con un hombre cuando se viene de las soledades siderales a buscar amigos sobre la tierra es

(1) Cf. *Terre des Hommes*. Gallimard, 1939, págs. 205-06.

algo imprescindible a la vida humana: es la vida misma del hombre.

EL ROBINSONISMO

La grandeza de esta narración de Saint-Exupéry radica, a mi juicio, en que se trata de un personaje solitario que viene a enseñar a los hombres de las grandes masas humanas a evitar la soledad. Porque el robinsonismo actual no se deriva de la ausencia de hombres en derredor, sino de la falta del espíritu que convierte a los "otros" en "personas" y hace de los núcleos humanos ámbitos de verdadera convivencia. El brutal experimento que parece haber hecho Federico Guillermo de Prusia con un niño recién nacido es un dramático símbolo de gran parte de la sociedad actual. El soberano ordenó que se rodease al pequeño de todos los cuidados necesarios a su salud, pero se evitase cuanto significa un medio de comunicación: palabras, gestos, ademanes, etc. El niño no sobrevivió a la prueba, pues sin duda alguna al ser humano le es esencial la comunicación.

Muchas formas actuales de lo que suele llamarse *civilización* no hacen sino reproducir en una u otra forma este experimento insensato: encerrar a los hombres en una campana neumática, lujosa pero falta del oxígeno que vivifica al hombre, es a saber, el amor y la auténtica solidaridad que se nutre de sacrificio y oblación. De ahí la superficialidad banal del trato mutuo que aísla al hombre de sus semejantes, pues no hay cosa que tanto distancie a los seres humanos como la falta de reverencia, que convierte al otro en un mero "objeto", medio para un fin, posible objeto de intercambio, manipulación y canje. Este mercantilismo diluye las relaciones humanas y deja al hombre en el desamparo y humillación de la soledad metafísica, que provoca la reducción violenta de su ser a mera cosa.

Los habitantes de una ciudad norteafricana asediada por la peste, acorralados dentro de sus angostos muros, entre un pasado frívolo y un futuro

apenas sin otra salida que una muerte violenta, encuentran por primera vez su auténtica libertad al descubrir el valor de la ausencia de seres bienamados, y aprenden a valorar el don de una vida que se antojaba sólida y opaca como un trozo de naturaleza. La soledad, la retracción angustiada del cerco una y otra vez renovado durante meses de duración eterna se convierten en un ámbito de interna libertad al ser iluminados por dentro en esa región profunda que es para los hombres fuente de vida. "Hace ya mucho tiempo—decía en su sermón el P. Panloux—los cristianos de Abisinia veían en la peste un medio de origen divino, eficaz para ganar la eternidad, y los que no estaban contaminados se envolvían en las sábanas de los pestíferos para estar seguros de morir. Sin duda este furor de salvación no es recomendable. Denota una precipitación lamentable muy próxima al orgullo. No hay que apresurarse más que Dios, pues todo lo que pretende acelerar el orden inmutable que El ha establecido de una vez para siempre conduce a la herejía. Pero este ejemplo nos sirve al menos de lección. A nuestros espíritus, más clarividentes, les ayuda a valorar ese resplandor excelso de eternidad que existe en el fondo de todo sufrimiento. Este resplandor aclara los caminos crepusculares que conducen hacia la liberación. Manifiesta la voluntad divina que sin descanso transforma el mal en bien. Hoy mismo, a través de este tropel de muerte, de angustia y de clamores, nos guía hacia el silencio y hacia el principio de toda vida. He aquí, hermanos míos, la inmensa consolación que quería traeros para que no sean sólo palabras de castigo las que saquéis de aquí, sino también un verbo que os apacigüe" (2).

La rutina, la prisa y superficialidad de la vida actual favorecen el cultivo de la soledad, esa forma de soledad vacía que angustia al hombre actual. Pero la verdadera fuente que alimenta y nutre la corriente de robinsonismo que arrastra al hombre de hoy y lo

(2) A. Camus: *La peste*. Ediciones Cid. Madrid, 1958, páginas 94-95.

masifica es el espíritu de orgullo y desarraigo. Soledad y masificación son dos fenómenos correlativos que coinciden en su origen: la falta de reverencia ante el carácter irreductible, misteriosamente uno de la persona humana. Recluido en el aislamiento de un yo sin relieve y dignidad, el hombre moderno, desarraigado y solo, se vió llevado a buscar la fuerza necesaria para sobrevivir en la unión que confiere a los humildes la conciencia del desamparo. A medida que desaparecen las causas que un día justificaron la adopción de medidas violentas y el hombre adquiere en los diferentes estratos sociales una idea concreta de su dignidad, se va formando el clima que hace posible la instauración de formas auténticas de convivencia humana. Mejor que nunca estamos viendo hoy que el Robinsonismo es un fenómeno que el hombre alberga como una perenne posibilidad y una constante tentación en lo más profundo de su ser. Nada hay que tanto seduzca al hombre—por lo que en cada uno alienta de primitivo—que convertir su intimidad en una isla, quebrar los puentes y vivir la incitante experiencia del desarraigo y la alienación. Porque la convivencia da posibilidades y limita a la par, plenifica y restringe, y una voz interna no cesa de inducir al hombre a dar rienda suelta a sus deseos innatos de insurrección e independencia. Tal vez podríamos decir que el robinsonismo es un trauma que el hombre debe sufrir en el camino de la auténtica libertad. Es la ruptura adolescente con el mundo confiado de la niñez en busca del riesgo de la libertad adulta.

El mundo actual, con su civilización en crisis adolescente de crecimiento, se halla situado en el vórtice de esta arriesgada experiencia. Que Dios le conceda mentes lúcidas que sepan entender la libertad como el fruto de una conquista, como el logro de una actitud de dinámico equilibrio.

VIDA AISLADA Y VIDA ISLEÑA

A medida que el adelanto técnico hizo posible el dominio progresivo del espacio, el hombre fué sin-

tiéndose en proporción directa coterráneo del Universo. Al acortar las distancias, el campo de acción del hombre se acrecienta y la Humanidad siente la eufórica impresión de estar agregando a su haber un modo nuevo, insospechadamente amplio, de libertad. El hombre contempla el mapa del Universo con gesto confiado de dominador, pues sabe que las distancias no se miden actualmente en millas o kilómetros, sino en cheques bancarios. La Geografía no es un paisaje erizado de obstáculos que se enfrenta al afán humano de expansión; es un campo de posibilidades que enciende el apetito humano de ver. Sin duda alguna, las agencias de viajes constituyen en la sociedad actual uno de los polos más sugestivos de atracción.

Mil circunstancias favorables han contribuido a despertar al máximo en el hombre actual el ansia de renovar sus horizontes cotidianos. Pueblos enteros, casi diáfanos naciones enteras sienten la atracción de las fronteras como una fascinación. Ciertamente en todo tiempo han constituido la comunicación y el intercambio de experiencias un fenómeno esencial al desarrollo del espíritu humano. En todas las épocas se conocieron espíritus inquietos que sintieron el peso de los límites como una maldición irresistible. Testimonio noble de ello lo hallamos en los grandes pueblos europeos exploradores de nuevas rutas y mundos. Crear ámbitos nuevos de vida y formas nuevas de existencia, establecer relaciones con pueblos ignotos, develar los secretos de la tierra fueron tareas que enardecieron en toda época a hombres extraordinarios. Pero en la actualidad esta inquietud constituye un fenómeno masivo que encierra implicaciones sociales de gran envergadura.

Debido a esta mayor posibilidad de apertura del hombre actual la vida isleña ha ido cobrando de día en día un carácter más desabridamente oclusivo. Pues si bien se han acrecentado los medios de transporte que vencen el aislamiento impuesto por las

aguas, persiste una desproporción manifiesta entre las posibilidades de intercomunicación que ahora poseen los pueblos del continente y los de las islas. Para abandonar un ámbito acotado por el agua se necesita tomar una auténtica decisión, porque si los problemas de desplazamiento fueron resueltos en gran parte por la técnica, la solución técnica plantea por su parte cuestiones económicas que exigen ser sometidas a detenido cálculo.

A pesar de los cambios operados por la civilización moderna, la existencia isleña sigue afectada, pues, por un cierto carácter de retracción, que se traduce con frecuencia en sano espíritu de arraigo y en la tendencia a la creación de formas muy intensas de comunidad. La facilidad de movimiento confiere libertad, pero a menudo degenera en frívola superficialidad e inspira actitudes meramente espectaculares. La permanencia, aun siendo obligada, en un mismo entorno insta a dotar la vida de una configuración firme y ensayar formas de convivencia confiadas y responsables. La dificultad de evasión fomenta el espíritu de sosiego, y esta paz confiere al clima de convivencia un carácter acogedor. Como en la *polis* antigua, este género de sociedades cerradas están por naturaleza mejor dispuestas que ninguna a estrecharse fuertemente en una comunidad de destino. En uno de los artículos anteriores de esta misma Revista he dejado constancia de la emoción que produjo a un médico alemán el entrar en contacto con las formas de vida de unos isleños españoles. "No es solamente—me dijo—que me hayan tratado con inusitada cortesía y afabilidad. Me han descubierto algo para mí insospechado: todo un modo, distinto y asombroso, de vivir, de encarar los problemas cotidianos de la existencia, de entender las relaciones con los demás."

Tal vez estas derivaciones favorables se vean contrapesadas en parte por otras un tanto adversas, como podría ser una sensación inconsciente de reclusión, de merma de posibilidades humanas. Pero entiendo que en el presente estado de *stress* o agi-

tación que vive el hombre contemporáneo, lo importante es subrayar cuanto pueda contribuir a incrementar las exiguas posibilidades de arraigo que todavía alientan en la supercivilización actual.

Respecto a todo lo anteriormente dicho, nótese que el entorno influye decisivamente en el sentimiento humano, sobre todo a través de sus estratos no conscientes. Aun sin pensar en ello de modo expreso, un bello paisaje eleva nuestro ánimo a regiones de exuberancia espiritual, un ámbito sórdido nos deprime, y el saberse limitado coarta en el hombre el vuelo de su espíritu. Estamos ligados al ambiente por mil lazos manifiestos y ocultos que humillan nuestra voluntad de independencia. El hombre es libre para orientar sus pasos hacia un determinado clima y convertir un entorno en hogar. Pero no para evitar el influjo que esta determinada situación ejercerá ineludiblemente sobre su espíritu. Los físicos modernos abrieron ante el hombre atónito el espectáculo increíble de los espacios siderales, y a continuación un espíritu sensible, Blaise Pascal, transmitió al mundo la emoción sobrecogida ante la infinitud de ese campo abierto, como una sima, ante la figura empequeñecida del ser humano. El hombre está hecho para vivir desplegado en campos de convivencia y no puede sustraerse al influjo del ambiente que nutre su espíritu como el *humus* de la tierra nutre las plantas. Lo cual no implica fatalismo alguno, porque con ello no está dicho que deba el hombre sucumbir en todo caso a la seducción del ambiente; el hombre puede y debe conservar su libre poder de decisión, pero esta decisión se ejerce sobre los datos que facilita el entorno. Con un signo de adaptación o de oposición, el ser humano está siempre reaccionando de modo positivo frente al clima que acoge su existencia.

Nunca más que ahora importa meditar si la libertad que nos depara la técnica se traduce acaso en desarraigo y si no llegará un día en que habremos de entender la limitación como una forma necesaria de amparo.

